

Escuela Trinitaria de la Calle
Diseño: Nela Antonia Carrion

Poemas de La Libertad

Trujillo, Perú - 1992



PROLOGO

El proceso de la literatura peruana en el siglo que acaba se halla marcado entre otras varias por dos líneas que van definiendo decisivamente su fisonomía. Una de ellas está dada por la creciente presencia de la provincia -de sus escritores, sus temas, su mundo, que-remos decir- en la configuración del corpus literario nacional. La otra consiste en una progresiva democratización de nuestro mundo literario que se registra a dos niveles: en el de lo que puede denominarse el micromedio de los creadores de un lado y en el del macromedio del público lector o receptor de otro. Y ambas tendencias, si bien se ve, no sólo están estrechamente interrelacionadas sino que forman parte de un solo gran proceso: el de la ampliación constante del espacio literario peruano.

En lo que se refiere a la primera línea, una muy artesanal muestra de treinta escritores peruanos representativos del siglo veinte que hemos elaborado para indagar acerca de los orígenes geográficos de nuestros escritores ofrece como resultados: 16 escritores nacidos en Lima y 14 en el resto del país (5 en la costa, 8 en la sierra, uno en la selva). Un muestreo semejante pero referido al pasado siglo arroja resultados nítidamente diferentes (20 son de la capital y 10 de provincias y de éstos 6 son de la sierra, 4 de la costa y no hay ninguno de la selva). No cabe duda, pues, que en el siglo veinte la presencia del escritor de la provincia es mayor que en el pasado y tiende a serlo cada vez en mayor proporción.

No se trata sin embargo sólo del número de literatos provincianos. Por sobre lo cuantitativo está naturalmente lo cualitativo y la significación de los autores y las obras. En este sentido nombres como los de Valdelomar, Vallejo, López Albújar, Alegría, Arguedas, hablan por sí solos ya que su influencia en el proceso literario nacional y aun en el latinoamericano del presente siglo es grande y por ello mismo su representatividad es indiscutible. Lo que además importaría saber con la mayor exactitud -pero ello escapa a los alcances de estas líneas prologales- es la manera como en estos autores y en todos los demás de alguna importancia, nacidos en la provincia, en su visión del mundo, en su imaginaria, en la configuración del nivel del significado de sus obras y también en el diseño de su discurso narrativo o poético y aun en el decisivo estrato del lenguaje, han dejado huellas mayores o menores su origen, formación y experiencias provincianas.

La antología que ahora prologamos con sus veintisiete poetas que van de Vallejo a escritores de los setenta es un buen testimonio de lo que venimos diciendo.

El tema de la provincia en la literatura peruana ofrece desde luego otras atractivas perspectivas para el análisis. Una de ellas es la que tiene que ver con la permanencia o no de los escritores en su comarca natal y con el examen de las consecuencias que tales hechos traen consigo no en la calidad sino en el ámbito de repercusión de las obras. En lo que se refiere al siglo veinte, un fuerte porcentaje de autores (todos si nos atenemos a la muestra de treinta con que venimos trabajando) han dejado en algún momento generalmente temprano su ciudad y se han radicado en la capital que para algunos incluso ha sido el lugar de tránsito más o menos largo para una final fijación en Europa (Vallejo u Oquendo). En otros casos, como el de Valdelomar, el itinerario ha sido más complicado: provincia / Lima / extranjero / Lima de nuevo. ¿Qué opinar sobre estos desplazamientos?

Lo más obvio pero no por ello menos cierto parece ser señalar que la causa principal de estos movimientos migratorios radica en el extremadamente fuerte centralismo que ha caracterizado y aún distingue a la sociedad peruana. En efecto, para poder seguir estudios universitarios (o para seguirlos de mejor modo), para encontrar más numerosas y más calificadas posibilidades de trabajo para estar más cerca de los centros de poder y decisión, ha sido y sigue siendo en muchos casos imprescindible el traslado a Lima. Pero en el caso específico de los escritores pienso además que el deseo de contar con una más amplia y conocedora audiencia, de disponer de mayores oportunidades para publicar y también la búsqueda de lo que suele llamarse la consagración (dentro de la que suele haber el ingrediente de orgullo: demostrar que un provinciano puede triunfar en Lima), son factores también influyentes y a veces seguramente decisivos.

Naturalmente, junto a los migrantes hacia el foco central existen otros que han asumido explícitamente o de hecho la opción por la provincia. Deliberadamente y con una mezcla de amor pasionado, orgullo, terquedad la mayoría, a regañadientes otros, hay muchos escritores que se han quedado en su entorno nativo. Y entre ellos hay nombres significativos sin duda. ¿Cómo olvidar por citar algunos casos, a César Atahualpa Rodríguez o Guillermo Mercado tenazmente aferrados a su Arequipa de sillar y poesía, a Alejandro y Arturo Peralta o Dante Nava al pie del lago sagrado, a Luis Nieto (sólo tardíamente venido a Lima) y a Gustavo Pérez Ocampo en el Cusco, a Guido Fernández de Córdova y Livio Gómez (que no es del Sur, pero lo eligió) en Tacna, a Nicanor de la Fuente o Marco Antonio

Corcuera definitivamente arraigados en el lar norteño?. Para estos escritores el sacrificio de las evidentes ventajas de estar en el centro (desde los puntos de vista que señaláramos antes) suele compensarse paradójicamente con una soledad que permite un mayor ahondamiento en el yo y la circunstancia y también con el alejamiento de ciertas tentaciones más propias de la capital como la moda pasajera o el cosmopolitismo hueco, según han apuntado sagazmente en una brillante nota, precisamente dos conspicuos provincianos de los últimos tiempos: los excelentes poetas arequipeños Alonso Ruiz Rosas y Oswaldo Chanave (Debate No. 61, pág. 60, Agosto/octubre 1990).

De modo tal que desde el ángulo de enfoque en que nos hemos colocado, podría sin dificultad distinguirse en primera instancia dos grupos de escritores provincianos: a) los migrantes a la capital y eventualmente al extranjero (son aquellos que podrían denominarse como lo hace James Higgins, escritores periféricos pero comprometidos en una marcha que los lleva sucesivamente del lugar de nacimiento, al centro regional, al centro nacional, al centro del mundo cultural occidental; b) los radicados en permanencia en el lugar de origen. Incluso en los últimos años y gracias al progreso y difusión de los medios de transportación, cabría distinguir hasta un tercer grupo, el de quienes se movilizan con cierta frecuencia entre la provincia y la capital con temporadas más o menos largas en ésta. Y aun podría señalarse los casos (sería excesivo llamarles grupo) de quienes habiendo nacido en la capital han preferido no obstante anclar de manera definitiva al parecer en la provincia (el ejemplo emblemático sería qué duda cabe el de José Ruiz Rosas y Arequipa).

En cuanto a la segunda tendencia a que aludíamos al comienzo, la de la democratización del mundo literario nacional muy vinculada a la problemática que acabamos de ver, parece también evidente que el proceso ha ido intensificándose a lo largo de la centuria, tanto en lo que al micromedio de los creadores concierne cuanto en lo que atañe al macromedio del público consumidor o receptor. En efecto, si pensamos en la generación del novecientos o arielista (Francisco y Ventura García Calderón, Víctor Andrés Belaúnde, José de la Riva Agüero, José Gálvez, Javier Prado Ugarteche) de extracción predominantemente aristocrática, y la comparamos con las promociones actuales de extracción casi íntegramente mesocrática, el fenómeno se ve como indiscutible. De semejante modo si se compara el número de editoriales de libros y revistas publicados y el tiraje de los mismos, de librerías y sobre todo los índices numéricos del público lector de los comienzos del siglo y los de ahora y aunque no tenemos estadísticas a la mano, cabe sostener que el incremento ha sido conside-

nable. Está claro entonces que la historia ha marchado en el rumbo de la ampliación o democratización del universo literario -de la República de las letras como decía Thibaudet- del Perú del siglo veinte.

Puede concluirse, pues, que el rostro actual de la literatura peruana es el resultado de un ininterrumpido proceso dialéctico entre la capital y la provincia, el centro y la periferia en el que paulatina pero cada vez más claramente el peso específico del componente provinciano ha ido en aumento. Cabría recordar a este respecto que de las siete figuras más importantes del siglo (Eguren, Valdelomar, Vallejo, Mariátegui, Alegría, Arguedas, Vargas Llosa), sólo una es limeña y las restantes provincianas. Esto es lo que se puede afirmar mirando hacia atrás la centuria que concluye. Para los pocos años que restan del novecientos y sobre todo para el inquietante siglo veintiuno que toca las puertas puede suponerse, sin ánimo profético, que la presencia de la provincia será cada vez mayor especialmente porque el reclamo descentralista existente desde siempre en nuestros pueblos ha encontrado ahora la consagración de una normativa constitucional y legal que, con todas las limitaciones que puede tener, significa de todos modos un factor actuante de indiscutible trascendencia. Aunque pudiera decirse también que el continuo y creciente flujo de migraciones que en uno y otro sentido vienen produciéndose en el país van a ir tal vez desdibujando el rostro de la provincia tradicional en beneficio de una nueva provincia menos aislada y cerrada y más integrada a un país de todas las sangres pero de una sola rica y espléndida identidad.

Todas estas reflexiones y muchas más han venido a nosotros con la lectura de *Poetas de La Libertad*, la excelente antología que ha preparado ese hombre a quien la literatura del Perú contemporáneo debe tanto: Marco Antonio Corcuera. Corcuera, en efecto, no sólo es el autor de varios libros de poesía importantes como *Semilla en el paisaje*, *Sendero junto al trino*, *La luz incorporada*, *El poeta espera respuesta* y *Los aires del alhelí*, sino también el imaginativo creador e infatigable mantenedor de dos proyectos literarios que han dejado huella fecunda: los *Cuadernos Trimestrales de Poesía* y el *Concurso El Poeta Joven del Perú*. Los Cuadernos que circularon entre 1950 y 1982 sirvieron para difundir en el ámbito nacional la mejor poesía peruana, latinoamericana y aun de otras latitudes y también para descubrir y promocionar a numerosos jóvenes escritores que encontraron sus páginas siempre generosamente abiertas. El Concurso por su parte tuvo amplia resonancia desde su iniciación en 1960 hasta su reciente versión de 1990 y ha servido para otorgar primera pero significativa consagración a poetas como Javier Heraud, César Calvo, Manuel Ibáñez Rosazza, José Watanabe.

El libro reúne una selección de textos de los siguientes poetas: César Vallejo, Nicanor de la Fuente, Alcides Spelucín, Francisco Xandóval, Horacio Alva, Carlos Alfonso Ríos, Nelly Fonseca Recavarren, Luis Valle Goicochea, Julio Garrido Malaver, Marco Antonio Corcuera, Wilfredo Torres Ortega, Leoncio Bueno, Felipe Arias Larreta, Carlos H. Berríos, Alejandro Romualdo, Arturo Corcuera, Santiago Aguilar, Antonio Fernández Arce, Antonio Claros, Manuel Ibáñez Rosazza, Juan Paredes Carbonel, José Watanabe, Mercedes Ibáñez Rosazza, Jorge Díaz Herrera, Luis Eduardo García, Beethoven Medina Sánchez y Hugo Díaz Plasencia. Se trata pues de una amplia pero a la vez cuidadosamente escogida muestra de la obra de poetas nacidos en el Departamento de La Libertad (o que han vivido y creado allí) que permite comprobar lo que decíamos más adelante: la calidad y el vigor de la poesía que hacen los escritores de la provincia.

Poetas de La Libertad se constituye desde ahora en el mejor testimonio de la poesía de ese departamento en nuestro siglo y por eso mismo en indispensable fuente de consulta y referencia para lectores y estudiosos. Pero además aparece en un momento en que la voz de las regiones y los pueblos del Perú entero se levanta reclamando sus prerrogativas, proclamando su derecho a la diferencia (que no se opone a la unidad sino que por el contrario la enriquece). En tales circunstancias una obra de la calidad de la que nos complace sobremanera prologar, contribuye significativamente a este proceso histórico.

Es bien sabido que una de las virtudes de la literatura está dada por su capacidad de vencer el paso implacable del tiempo, erguirse contra la destrucción, el olvido, la muerte. Permanecer en el frágil hálito de las palabras, en la tenue materia del papel, en las comarcas de la memoria cuando todo lo demás desaparece. Por ello, Poetas de La Libertad, la obra de Marco Antonio Corcuera, que rescata, salva y exalta para el presente y para el futuro lo mejor de la poesía de los poetas de La Libertad, habrá de perdurar indefinidamente y a la vez como invaluable documento y como bello monumento que perennice la palabra de los hombres de una vasta porción del Norte del Perú.

Lima, enero de 1991.

Jorge Cornejo Polar